

CAPITULO XIX.

PISTOL. « Y yo traigo mensajes de fe-
» licidad y de alegría, noticias
» preciosas.

FATSTAFF. » Te ruego nos las cuentas
» como á gentes de este mundo.

PISTOL. » ¡ Que se vaya al diablo el
» mundo y los mentecatos que
» le habitan ! Hablo del Africa y
» de sus tesoros. »

ENRIQUE IV , segunda parte.

LA sala pública de la posada famosa del *Oso negro* en Cumnor, adonde nos conduce nuestra historia, podía lisonjearse de contener, la noche de que hablamos, una concurrencia digna de atención. Había habido una feria en las cercanías: el mercader petimetre de Abingdon, y otros muchos personajes que hemos presentado ya al lector como amigos y parroquianos de Gil Gosling, habían formado al rededor del fuego el corro acostumbrado, y hablaban de las noticias del día.

Un hombre alegre y despejado, que segun todas las apariencias ejercia el oficio de Autóyco, llamó grandemente la atención de los

circunstantes, y contribuyó mucho á la diversion de aquella velada. Es de advertir que los tenderos ambulantes de aquel tiempo eran sujetos mas importantes que los del día. Estos mercaderes peripatéticos eran los que abastecian el comercio de las aldeas, y vendian telas mas ó menos finas, de las que se vestian las mugeres. Y si un tendero de estos era rico lo bastante para poder llevar sus fardos sobre un caballo, era un gran personaje, y podia hombrearse con los arrendatarios mas acomodados que encontraba en sus viages.

Este mercader extranjero de que hablamos, tomaba una parte activa en las diversiones que proporcionaba el concurso del *Oso negro* de Cumnor. Se sonreía con la linda Cicily, se reía á carcajadas con el bueno del posadero, y se mofaba del pisaverde Goldthred, que sin quererlo servia generalmente de juguete á los demas. El tendero ambulante y él trabáron una grande disputa sobre la preferencia que los tejidos de España merecian sobre los de Gascuña; y el posadero habia hecho del ojo á los demas como diciendoles: Van vms. á reirse de buena gana, cuando se oyéron en el patio las pisadas de algunos caballos. Y llamáron al mismo tiempo al mozo de cuadra con los juramentos mas enérgicos que estaban en uso en aquella época.

Al instante salieron, precipitándose los unos sobre los otros, Will el palafrenero, Juan el mozo de cuadra, y todos los demas criados del *Oso negro*, que habian abandonado sus puestos por oír las conversaciones de unos y de otros. El posadero bajó tambien al patio para dar á los reciénvenidos la acogida que mereciesen, y entró poco despues introduciendo á su digno sobrino Miguel Lambourne, que se hallaba entre dos vinos y acompañaba al astrólogo. Alasco parecia siempre un viejecillo; pero como se habia vestido de caballero, cortandose las barbas y las cejas, se habia quitado veinte años de encima al parecer, y presentaba el aspecto de un hombre fresco todavía, y que no podia aun tener sesenta años cumplidos. Se hallaba inquieto: habia rogado á Lambourne no entrar en la posada pública, sino ir en derecha á su destino; pero Lambourne se hizo el sordo.

— Por vida del Cancer y del Capricornio, dijo, y de todos los ejércitos celestes, sin contar las estrellas que he visto en el cielo del mediodia, en cuya comparacion las nuestras apagadas del norte parecen cándiles, ninguna consideracion me impedirá ser buen pariente. Deme vm., tío, el mejor vino que tenga, y le beberémos á la salud del noble

condé de Leicester. ¡Que! ¿no brindarémos juntos para renovar nuestra antigua amistad? ¿no brindarémos juntos?

— De buena gana, sobrino, dijo el posadero que trataba de librarse de él; pero ¿te encargas de pagar todo el gasto?

Semejante pregunta ha solido intimidar á mas de cuatro, pero no hizo cambiar las disposiciones de Lambourne.

— ¿Piensa vm. que no tengo dinero, mi amado tío? dijo sacando de la faltriquera un puñado de monedas de plata y oro. ¡Dude vm. de Méjico y del Perú! ¡dude vm. del tesorero de la reina! ¡Que viva su magestad! ¡que viva la buena señora de mi buen señor!

— Pues bien, sobrino, dijo el posadero, á eso estamos aquí, á vender vino á todo el que lo pague; asi, Juan, cumple con tu deber. Pero quisiera yo saber ganar el dinero con tanta facilidad como tú, Miguel.

— Tío mio, dijo Lambourne, voy á confiante un secreto. ¿Ves ese viejecito, tan arrugado y tan seco como está ya? Pues bien, tío, aquí para entre los dos, tiene las minas del Potosí dentro de su cabeza. ¡Cuerpo de Cristo! mas fácil es para él hacer pesetas, que para mí el beber un vaso de vino.

— Que se las guarde y que buen provecho le hagan, Miguel, dijo el posadero: bien sé

yo en que vienen á parar los monederos falsos.

— Eres un borrico, tío, á pesar de tus años. No me tires de la casaca, doctor; tú tambien eres un cuadrúpedo. Asi siendo los dos tan animales.... estoy hablando ahora por metáfora.

— ¿Está vm. loco? dijo el viejo: ¿tiene vm. el diablo en el cuerpo? ¿que necesidad hay de llamar sobre nosotros la atencion de todo el mundo?

— Te engañas, dijo Lambourne, nadie te verá si yo no lo permito. Juro á los cielos, señores, que si alguno de vms. tuviese la audacia de mirar á este buen viejo, le daré de puñaladas. Asi pues, sientate aquí, mi camarada, y no hay que entristecerte. Todas estas gentes son amigos antiguos, incapaces de hacer una traicion.

— ¿No haríais mejor en subir á un cuarto los dos, Miguel? dijo Gil Gosling: hablais de cosas estrañas, y hay aquí muchos que escuchan.

— ¿Y que se me da á mí de eso? dijo el magnánimo Lambourne. Yo estoy al servicio del noble conde de Leicester. Aquí hay vino, ea, ¡vamos bebiendo todos á la salud de la flor de Inglaterra, del noble conde de Leicester! ¡del noble conde de Leicester! ¿Estamos? El que no quisiere hacerme la razon, es un co-

chino de Sussex, y tendrá que ponerse aquí de rodillas miéntras brindemos los demas, ó le cortaré las piernas.

Nadie rehusó un brándis propuesto de aquella manera, y Miguel Lambourne, aumentando asi su borrachera, prosiguió en las mismas estravagancias, renovando su amistad con los que conocia, y recibiendo de ellos una acogida favorable por condescendencia y por temor; porque el mas mínimo criado del conde favorito, y sobre todo un hombre tal como Lambourne, escitaba naturalmente las dos cosas.

Al mismo tiempo Alasco, viendo á su compañero con disposiciones semejantes, tomó su partido, y sentandose en un rincon pidió un poco de vino de Canarias, que le causaba al parecer sueño, deseando evitar de ese modo las miradas de los concurrentes, y no hacer cosa alguna que pudiese recordar á Lambourne que se hallaba allí, miéntras conversaba este con su antiguo compañero Goldthred de Abingdon.

— Yo te aseguro, mi querido amigo Miguel, dijo el tendero, que me da tanto gusto el volver á verte, como pudiera darmelo el recibir una buena suma de dinero de un parroquiano en mi tienda. Sé que puedes dar á un amigo un buen sitio para ver un baile ú

otra cosa semejante, y que puedes decir á monseñor al oido, cuando su gracia viene á este pais, y tiene necesidad de algunas cosas, puedes decirle al oido: Aquí vive uno de mis antiguos amigos, Lorenzo Goldthred de Abingdon, que tiene un soberbio surtido de telas, lienzos, gazas, batistas, y es ademas de eso tan lindo muchacho como se pudiera encontrar en todo el condado de Berk, y que de buena gana se sacrificaría por vuestra señoría. Puedes añadir tambien....

— Puedo añadir otras muchas mentiras, ¿no es esto, tenderillo? respondió Lambourne; pero ¿que! no hay que pararse en pelillos cuando se trata de servir á un amigo.

— A tu salud, Miguel, dijo el tendero, y puedes decir tambien cuales son las modas del dia. Habia aquí hace un momento un bribon de tendero ambulante que daba la preferencia á los tejidos de España sobre los de Gascuña: aquellos ya no son de moda, y ademas puedes juzgar si las medias francesas hacen lucir la pierna y la rodilla con las charreteras de cintas de colores y la guarnicion correspondiente.

— ¡Soberbio! dijo Lambourne, ¡soberbio! En efecto, veo que tienes muchísima razon.

— ¿No lo decia yo? dijo el tendero que iba

tambien perdiendo los estribos con los repetidos tragos. ¿En donde está ese bribon de tendero? Aquí estaba hace un momento. ¿Adonde ha podido irse ese tendero ambulante?

— Está donde deben estar los hombres cuerdos, replicó Gil Gosling; está encerrado en su cuarto, ajustando la cuenta de lo que ha vendido hoy, y preparandose para proseguir vendiendo mañana.

— ¡Si pudiera cargar con él el diablo, dijo el tendero, y con sus mercaderías! Esos pícaros vagamundos recorren todo el pais causando la ruina de los que pagamos la patente al gobierno. Pero no faltan todavía hombres de puños en el condado de Berk, y ese bribon podrá encontrar quien....

— Sí, respondió riendose el posadero, y el que le encuentre topará con la horma de su zapato. Es terrible.

— ¿Cierto? dijo Goldthred.

— Sí, por cierto, dijo el posadero, y es sin duda alguna el mismo de quien habla aquella copla sobre Robin Hood:

Salió Robin sable en mano;
Y lo mismo hizo el tendero,
Y dió tal zurra á Robin,
Que le dejó medio muerto.

— Pues bien, dijo el tendero de Abingdon,

siendo así, que se vaya : ningún provecho se puede sacar de un hombre semejante. Y dime ahora, Miguel, mi amigo Miguel, ¿el lienzo que me ganaste te hace buen servicio? ¿has hecho con él buenas camisas?

— Aquí lo puedes ver, respondió Miguel.

— No volverás á ganar una apuesta semejante, Miguel, dijo el tendero, porque el insolente Tony Foster echa pestes contra tí, y dice que no volverás á poner los piés en su casa, pues bastan tus maldiciones para hacer temblar sus cimientos.

— ¿Eso dice ese hipócrita cobarde, ese avaro miserable? dijo Lambourne. Pues bien, quiero que venga á recibir mis órdenes aquí esta misma noche en casa de mi tío, y voy á echarle una peluca tal que durante un mes temblará con solo oír el sonido de mi voz.

— Vaya, vaya, está visto que te se ha subido el vino á la cabeza, dijo Goldthred : ¿Tony Foster obedecer tus órdenes! ¿Pobre Miguel! vete á dormir la mona.

— Escucha, mentecato, dijo enfadado Lambourne, te apuesto cincuenta escudos contra veinte á que obligo á Tony Foster á venir á esta posada al momento.

— No quiero apostar tanto; pero apostaré, si tú quieres, cinco escudos contra tí á que Tony Foster no abandona su casa por venir

después de oraciones á hablar en una taberna, ni contigo ni con el mas estirado.

— Toca la mano, dijo Lambourne. Venga vm. aquí, tío, sea vm. el depositario, y envíe vm. algún muchacho á Cumnor, con esta carta para Foster, y que le diga que su camarada Miguel Lambourne le aguarda en el castillo de su tío aquí presente, para conferenciar con él sobre un asunto del mayor interés. Corre, corre, hijo mio, es ya casi de noche, y el miserable se acuesta como las gallinas para ahorrarse la luz.

El corto intervalo que se pasó entre la ida y vuelta del muchacho, lo pasaron bebiendo y riendo. Y trajo la respuesta de que Tony Foster iba á venir al momento.

— Yo he ganado, yo he ganado, dijo Lambourne.

— Todavía no, dijo el tendero; es preciso aguardar á que llegue.

— ¿Que diablo! ahí está á la entrada de la puerta, dijo Miguel. ¿Que te ha dicho, muchacho?

— Yo se lo diré á vm., respondió el muchacho. Se ha asomado con un fusil á la ventana, y cuando le he dado el recado, que lo he hecho temblando de miedo, me ha respondido con una cara de vinagre y de pocos amigos, que se vaya vm. al infierno.

— Sí, al infierno, dijo Lambourne, yo lo creo, allí envía él á todos los que no son de su congregacion.

— ¿Y que mas ha dicho?

— Me ha llamado, y me ha dicho que si tiene vm. que hablarle, puede vm. tomarse el trabajo de ir hasta allí.

— ¿Y despues? dijo Lambourne.

— Despues ha leído la carta que le ha dado mucho en que pensar, y me ha preguntado si está vm. borracho. Yo le he respondido que hablaba vm. un poquito el español, como una persona que ha vivido en Canarias.

— ¡Como, bribon! ¿no quieres beber ni medio vaso? dijo Lambourne: veamos despues.

— ¡Oh! despues ha refunfuñado, diciendo entre dientes que si él no venia, vm. descubriria lo que debia estar oculto; y asi ha cogido su gorra y su casaca pelada azul, y, segun tengo dicho, va á llegar al momento.

— Es cierto lo que dice, replicó Lambourne entre sí mismo. Mi maldita cabeza me ha.... Pero, valor; que venga: despues de haber corrido tanto mundo, no hay que tener miedo de Tony Foster, en cualquier estado en que uno se halle, borracho ó sereno. Dadme un frasco de agua fresca, para que pueda bautizar el vino.

Miéntras Lambourne reconocia su situacion ántes que llegase Foster, y se preparaba á recibirle, Gil Gosling subió calladito al cuarto del tendero ambulante. Le encontró paseandose de un lado á otro muy inquieto.

— Se ha retirado vm. á su cuarto repentinamente, le dijo el posadero.

— Y con harta razon, porque el diablo ha venido á sentarse entre vms.

— No hace vm. bien en dar á mi sobrino semejante epíteto, y en calidad de pariente no debiera contestar á vm. Pero no es sino harto cierto que se le puede considerar en algun modo á Miguel como á un miembro de Satanás.

— ¡Bah! yo no hablo del borracho, replicó el tendero ambulante, sino del otro que, sabiendo yo.... Pero ¿cuando se van? ¿cual es el objeto de su viage?

— A la verdad, dijo el posadero, yo no sabré responder á esas preguntas. Pero escuche vm., señor mio, vm. me ha traído un recuerdo del digno señor Tresilian. Es un bonito diamante. Cogió el anillo, y le miró con complacencia, y añadió despues que era una recompensa superior á lo que podia él hacer por el que le hacia semejante regalo. Era posadero, y le convenia menos que á

ningun otro mezclarse en los negocios ajenos. Habia dicho ya que solo habia podido saber que la tal dama permanecia siempre en el castillo de Cumnor, en el mas completo retiro; y que los que por alguna casualidad la habian visto, estaban unánimes en asegurar que estaba triste y harta de reclusion. Ahora, si quiere vm., añadió, servir á su amo, tiene vm. la mejor ocasion que podrá ofrecerse en mucho tiempo. Tony Foster va á venir aquí, y nos basta presentar á Lambourne otro frasco de vino, para estar seguros de que todas las órdenes de la reina no bastarian á arrancarle del banco en que se halla sentado. Asi pues tiene vm. una ó dos horas seguras; si quiere vm. presentarse como tendero ambulante, lo que seguramente será la mejor escusa, podrá vm. lograr de la vieja, en la ausencia de su amo, que le permita vender algunas bagatelas á su ama; y entónces podrá vm. saber de ella mucho mas de lo que pudiéramos decirle yo ú otro cualquiera.

— ¡Es cierto, ciertísimo! respondió Wayland, pues era él: ¡escelente medio! pero le creo peligroso, pues si acaso vuelve Foster al momento....

— Eso es muy posible, dijo el posadero.

— O si la dama no se encuentra muy reconocida á mis servicios....

— Lo que no deja de ser probable, dijo Gil Gosling. Me admiro de que el señor Tresilian se quiebre así la cabeza por quien no se interesa por él.

— En ámbos casos he recibido una triste comision, dijo Wayland, y por tanto, bien pensado todo, no me agrada ese proyecto.

— En cuanto á eso, dijo el posadero, ese es asunto de vm. y no mio; vm. debe saber cuales son los peligros que hay que temer, y hasta que punto se halla vm. dispuesto á arriesgarse. Pero no puede vm. esperar que se espongan otros en su lugar.

— Cierto, cierto, dijo Wayland, pero dígame vm. una cosa: ¿ese viejo que ha llegado viene destinado á Cumnor?

— Sin duda, dijo el posadero, su criado ha dicho que tenia orden de llevar allí el equipage; pero la ale ha hecho en él el mismo efecto que en Miguel el vino de las islas.

— Basta, dijo Wayland con resolucion, confundiré los proyectos de ese viejo maldito. El temor que me ha causado siempre se ha convertido ya en odio. Ayudeme vm. á cargar mis mercancías, patron; ¡y tú, viejo Albuazar, cuidado contigo! hay en tu horóscopo una influencia maligna que viene de la constelacion de la grande Osa.

Al decir esto, Wayland se echó á cuestras su tienda portátil, y salió, guiado por el posadero, por una puerta trasera, para dirigirse con el mayor disimulo á Cumnor.



CAPITULO XX.

Hay algunos tenderos ambulantes
que son mas de lo que piensas,
hermana.

Cuento de invierno, Acto IV.

TONY Foster, ya por seguir con celo y á la letra las instrucciones que el conde le habia dado varias veces, ya por seguir su humor insociable y por su avaricia, habia procurado en su casa mas bien el evitar el gasto y el lujo, que ponerse al abrigo de la curiosidad de los vecinos. Por esta razon, en lugar de tener muchos criados para guardar su depósito y defender su casa, habia chasqueado á los observadores, reduciendo el número de sirvientes; y así, si no llegaba á Cumnor alguno acompañando á Varney ó al conde, estaba reducida la familia á un criado antiguo y dos viejas que barrian la casa y hacian las camas. Una de estas viejas fué la que abrió la puerta cuando llamó Wayland; y queriendo este entrar para vender algunas cosas de moda á las damas de la casa, le echó la